

Donde no hubo guerra

Raúl Fresneda

Donde no hubo guerra

Raúl Fresneda



© 2013, Raúl Fresneda
© 2013, Grupo Editorial Mythos

Grupo Editorial Mythos
Avinguda Mas Sellarés, 1
08850 Gavà - Barcelona
www.editorialmythos.com

ISBN: 978-84-940282-5-0
Depósito legal: B.24368-2013
Impreso en España - *Printed in Spain*
Impreso por Olé Libros

Diseño y composición:
MarianaEguaras.com

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

«Lo maravilloso de la guerra
es que cada jefe de asesinos hace
benedicir sus banderas e invocar
solemnemente a Dios antes de
lanzarse a exterminar a su prójimo»

Voltaire

Próximo a la hora de morir no tenía nada mejor que recordar su vida entera. Juan Rafael Flores Robledo, matarife de la aldea hasta los noventa y dos años y alcalde de Almanzora en los tiempos de la guerra, amanecerá muerto a la mañana siguiente en el pueblo que lo vio nacer.

Los recuerdos dormidos a las puertas de la muerte han acudido a su memoria en un súbito despertar, antes de que estos se apaguen para siempre. Se encuentra en sus primeros años en el mundo llevado de la mano de su padre en los domingos de mercado, imágenes que le saben a un aroma de azúcar quemado y pescado fresco traído en las barcazas de pescadores, que puede verlas amarradas en el embarcadero del puerto pesquero mientras escucha sonidos de campanas.

En la lonja donde se subasta el pescado, al lado de los puestos de las frutas y las verduras, la ropa de niño y la lencería de mujer, Juan Rafael Flores Robledo recuerda la mañana en que una gitana de ojos negros como el carbón y grandes como la luna le leyó el futuro un día antes de cumplir los trece años y al hacerlo le narró sus años venideros y los viajes

al otro lado del mar, a las Américas de los indios que luego volvieron de las tierras salvajes y se construían la mejor casa del pueblo con la fortuna traída en las alforjas de caballo. Juan Rafael Flores Robledo estuvo diez años en esas tierras al otro lado del mar, pero marchó pobre y regresó pobre a su casa de siempre contando cómo había matado a un hombre de un pistoletazo en la frente para salvar la vida. Almanzora lo recibió como a un héroe que volvía de tierras lejanas no vistas por nadie y cuyos amenazantes peligros y desconocida ventura merecía la admiración para todo aquel que osaba marchar de la aldea a buscar una mejor vida enfrentándose a la muerte.

La memoria catapultó a Juan Rafael al día de su boda con el pueblo engalanado de personas que ya han muerto, un cura de rostro olvidado y su mujer enterrada cinco años antes de su propio entierro. Juan Rafael Flores Robledo morirá mañana y lo enterrarán al día siguiente, aniversario amargo del fallecimiento de su única esposa y madre de todos sus hijos muertos.

Tumbado en la cama con los ojos cerrados, tapado su cuerpo por una sábana blanca y estirados sus brazos por encima del colchón, con las manos entrelazadas sobre su vientre, será como lo encontrarán cuando el gallo del amanecer cante en un día que Juan Rafael Flores Robledo nunca verá.

Años después de su regreso del mar, ya con hijos mayores, en tiempos de la guerra, una imagen del verano de 1937 comienza a proyectarse en su cabeza como una película de cine mudo.

Almanzora, verano de 1937

En la cantina, que acaba de abrir diecinueve minutos antes, los hombres que llegan comienzan a jugar a las cartas entre sorbos de carajillo y vino tinto peleón. Almanzora es una aldea al sur de la Península con veintisiete casuchas de barro y paja llevadas por el viento de la vida. Veintisiete familias viven en Almanzora. Veintisiete familias que no conocen nada mejor, ni siquiera Juan Rafael Flores Robledo que regresó hace muchos años después de conocer el mundo entero.

«¡Tramposo!», grita Diego el Chismoso.

«Por tu padre que te gano y solo sabes enfadarte. ¡Maldita sea!», replica Pepe el Trotskista, uno de los mejores jugadores de cartas que se haya visto en la aldea desde que sus habitantes aprendieron a jugar.

«Mira que sois tontos», dice el Ilustrado, el maestro de escuela.

«Cállate, Ilustrado, no estás con niños pequeños», responde Diego el Chismoso.

«Es que tengo escalera de color, hoy os gano a los dos».

«¡Diablos!», mascullaron los dos hombres tirando las cartas de mala gana encima de la mesa.

Está acabando de amanecer un día que se anuncia triste. Hoy es el entierro del padre Rufino que había muerto mientras celebraba la misa del sábado y se desplomó desde el púlpito en un crujido de huesos. «Ha muerto de viejo», contaban las mujeres a los niños. La versión de los hombres era distinta: «Iba borracho como una cuba», aseguraban.

«La que me ha caído con el cura», se quejaba Juan Rafael Flores Robledo a Emilia, su mujer de toda la vida, mientras se tomaban el café de las mañanas en la cocina de su casa; hábito que retomaron al quedarse solos una vez que todos sus hijos se marcharon de la aldea. Los dos mayores, años antes, instigados por el ansia de vivir y el tercero y último de sus hijos, meses atrás, cuando se enroló en un barco de pescadores persuadido de poder cumplir con la predicción augurada el día de su nacimiento de alcanzar las estrellas.

«No seas así. Pobre padre Rufino», dijo ella.

«¿Cómo soy?», exclamó él. «Tengo que ocuparme de su entierro porque iba borracho en la casa de Dios».

«Eso no se sabe, yo creo que se le paró el corazón».

«¿Así? ¿Por las buenas? ¡Mujer!».

«No me grites, el padre Rufino merece ser enterrado como todos nosotros».

«Me parece muy bien, pero el entierro es a medio día y no tengo noticias de los sepultureros ni del cura que lo entierre», dijo él. «Me aseguraron que vendrían pero vete tú a saber, a esa gente le da igual que el fiambre se pudra en la iglesia. Llevan dos días sin dar muestras de vida y mientras tanto el padre Rufino suelta un tufo cada vez más difícil de aguantar, como no vengan hoy yo mismo hago un agujero en el camino y lo meto dentro».

Juan Rafael Flores Robledo se levantó de la silla roñosa, herencia de sus padres, dio un bufido de malestar y se palpó el estómago por encima de la camisa blanca con mangas hasta el codo. Llevaba unos días con dolor en el estómago.

Salió de su casa en polainas de cuero y sombrero de paja, dando un portazo que espantó a los pájaros.

«Hay que joderse con el cura», musitó a regañadientes.

Sobre el horizonte divisó la imagen del mar y, dejándose llevar por desvaríos y recuerdos, se le representó el vivo retrato de la costa muchos años antes de regresar a Almanzora y quedarse para siempre. Su memoria lo llevó a encontrarse en el puerto entre murmullos de voces desdeñadas y un tumulto de marineros pobres y miserables, era el

día que se embarcó hacia América a bordo del barco más grande que había visto en su vida. El olor a gorrino que se esparcía por el aire lo devolvió al presente. Atravesó la calle de tierra y polvo y entró en la única taberna de Almanzora, a veinte pasos de su casa. Nada había cambiado en los últimos años y décadas en esa vieja taberna llamada Cantina del Compadre, que funcionaba desde toda la vida anclada al mismo lugar; había quienes afirmaban que desde los tiempos de la Reconquista, como si el transcurso de los años y del paso del tiempo no fuesen con ella.

Algunos hombres bebían mientras charlaban y otros continuaban jugando a cartas.

«¿Estás seguro de que hoy va a ser el entierro?», preguntó Diego el Chismoso al ver a Juan Rafael desde una de las mesas de la terraza con Pepe el Trotskista y el Ilustrado sentados a su lado.

«Tengamos la fiesta en paz», exclamó Juan Rafael sin detenerse.

Dentro de la cantina los rayos del sol apenas entraban por las rendijas de las ventanas, cubiertas de cortinas de esparto para evitar el calor del verano sofocante. Algunas mesas vacías se repartían por el interior sin lógica ni orden en una distribución abandonada a la inercia de los siglos.

Entre la brumosa penumbra, el Compadre distinguió la sombra del alcalde aproximándose hacia él

en un estado de engorroso fastidio; ante la falta de luz imaginó sin ninguna otra razón que Juan Rafael debía tener un color macilento de cara y una mirada fúnebre.

«¿Nada?», preguntó el Compadre refiriéndose al sacerdote y a los sepultureros.

«Nada», respondió Juan Rafael sentándose en un taburete de madera descascarillada.

El Compadre le sirvió un carajillo de coñac que Juan Rafael le hizo cambiar por otro de anís.

«Tengo el demonio en el estómago. La culpa la tiene el padre Rufino, que se acuerda de mí desde el otro mundo», dijo Juan Rafael después de terminarse el carajillo de un trago.

«Eso son los nervios en las tripas», afirmó el Compadre.

«Seguro que sí», respondió Juan Rafael Flores Robledo. «Ponme otro», dijo.

José el Carpintero abrió de pronto los ojos y se despertó inmerso en un sobresalto de pesadumbre y de dolor en el alma. Se había quedado dormido encima del ataúd en el que estuvo trabajando sin descanso hasta desfallecer de agotamiento y presenciar las imágenes de los sueños más peregrinos. Recordaba haber soñado con una hermosa sirena engalanada de joyas encontradas en sus viajes imposibles por el

fondo del mar y que ofreciéndoselas todas para ponerle a prueba la codicia no le dejaba otra alternativa que morir ahogado en el caso de tomarlas, pues se hubiera hundido por el peso de los collares de oro, anillos de rubíes, cetros de emperadores y todas las joyas del mundo. También soñó con la luna chocando contra el sol con el único fin de explotar en mil pedazos. Y con el diablo Bafometo recién nacido, que le hablaba de un pasado tan lejano y misterioso que al no poder ser recordado tampoco podría haber existido nunca. El ataúd que le llevaba a soñar desvaríos innecesarios estaba destinado a convertirse en la caja de madera en la que yaciera el malogrado padre Rufino hasta que la madera se pudriese.

José el Carpintero bostezó sin contemplaciones a la vez que olvidaba los sueños de la noche anterior. Levantó la cabeza para mirar la hora marcada por las agujas de un viejo y destartalado reloj de cuco, colgado en la pared desde el día en que José el Carpintero, su abuelo, lo colgase para siempre en el taller de trabajo de la familia. Todos sus antepasados habían sido carpinteros artesanos desde los tiempos remotos en los que el primer José el Carpintero llegó a Almanzora. Los ecos del recuerdo, conservados todavía en las vívidas historias de los ancianos, narraban la leyenda del primer carpintero llamado José, quien llegó del lejano oriente en la época del

Imperio Romano para casarse y tener tanta descendencia como le fuese posible obedeciendo a un mandato divino. Tuvo muchos hijos que murieron a la vez debido a las fiebres de una fatídica noche endemoniada. La leyenda contaba que solo quedaron a salvo dos únicos niños, quienes muchos años más tarde abandonaron Almanzora para siempre porque decidieron ir a buscar el secreto de la vida.

Esta sería la segunda ocasión que intentaban enterrar al difunto párroco después del intento frustrado de hacerlo dos días antes. Un fracaso clamoroso porque no llegó ningún cura ni sacerdote cristiano que se dignase a enterrarlo. De modo que Juan Rafael decidió postergar al día de hoy el entierro definitivo, a la espera de que llegase el religioso que lo enterrara. En la aldea primaba la opinión de que era obligación de Juan Rafael, por ser el alcalde, encontrar a un religioso capacitado ante los ojos de Dios. Los más beatos añadían que debía tratarse de un sacerdote católico que compartiera el mismo fervor de adoración que el padre Rufino siempre demostró tener por San Crispín y San Crispiniano, para honrar así la memoria del difunto.

José apartó un montoncito de clavos y numerosos tornillos, y por último un viejo martillo de trineo desgastado por el uso dado por todos los carpinteros de Almanzora anteriores a él. Aún debía terminar de arreglar el ataúd, porque habiendo sido probado en

el intento frustrado del primer entierro resultó que el cuerpo del difunto se veía demasiado aprisionado en su interior. Un cadáver prensado de manera implacable, advirtiéndose con claridad una cabeza apretada contra la parte superior y los pies comprimidos en el extremo opuesto, así como los hombros aplastados y el resto del cuerpo estrujado sin remedio. Todo el mundo comprendió que, a falta de madera suficiente, el ataúd era demasiado pequeño para un cuerpo voluminoso como el del padre Rufino.

José el Carpintero se puso en pie, como casi todos los hombres de Almanzora, es de estatura media y de espaldas anchas. Le dolían los huesos por haber dormido en una mala postura y estaba cansado y hambriento. Salió por una puerta contigua y se dirigió a su casa con la intención de comer algo. Aún era temprano y su mujer y sus hijos, de corta edad, dormían plácidamente en sus camastros de privaciones. Al pasar por delante de su alcoba se quedó contemplando desde el arco de la puerta a su esposa dormida; el camisón que llevaba puesto dejaba translucir las formas sinuosas de un cuerpo todavía joven y deseable para los hombres. Apenas había salido de su taller desde que comenzó a trabajar con el ataúd del párroco. Conforme avanzaban las horas y los días sintió que se iba apoderando de él el ansia creadora que había quedado impregnada para siempre en las paredes del taller después de toda la

vida de trabajo artesanal y que le hizo concebir la necesidad de la búsqueda frenética de la perfección. Antes de que nadie se despertara regresó de nuevo al taller, se acercó al ataúd y clavó un tornillo sobre la madera utilizando el martillo de trineo, grande y pesado, con la empuñadura de cobre.

Juan Rafael se despidió del Compadre resuelto a enviar algunos telegramas antes de la hora del entierro. Aunque había enviado docenas de telegramas desde la muerte del cura y después otra vez desde el fracaso de la primera tentativa de entierro, continuaba sin tener noticias concluyentes de ningún religioso interesado en officiar la misa del desafortunado padre Rufino, ni tampoco de ningún sepulturero dispuesto a venir, de manera que había decidido volver a mandar algunos avisos de última hora a los párrocos de los pueblos cercanos.

La primera noticia que llegó también había sido la última. Ocurrió tres días antes, cuando se recibió el único telegrama que había llegado a Almanzora en mucho tiempo y en el que se informaba que vendrían dos enterradores acompañados de un religioso para enterrar al muerto a mediodía.

El telegrama lo remitía el Ayuntamiento del municipio de Sierra Almagrera, previa consulta con su Ilustrísimo Reverendo Don Diego Fernández de Vi-

llalón y Cachemira. Obispo regionario porque iba a ejercer su ministerio a diferentes lugares en virtud de las necesidades de la Iglesia, y obispo de anillo con título *in partibus infidelium* al haberle sido designado el territorio remoto de una antigua diócesis que mil años antes había dejado de existir. Salió de la cantina y debido al contraste con la luz intensa no tuvo más remedio que cerrar los ojos cegado por el sol abrumador. Podía escuchar las voces de los hombres a su alrededor y el ladrido de perros a lo lejos. En medio del ruido incesante pudo distinguir un murmullo de palabras elocuentes e inverosímiles que habían sido traídas por el viento desde lugares recónditos. Eran estos rumores los que de un tiempo a esta parte prevenían que los caminos de paso ya no eran seguros porque en los alrededores de la aldea se había decretado la locura del mundo. Juan Rafael nunca había sabido qué pensar sobre la naturaleza de esta clase de noticias, pero muchos vecinos creían en ellas y por si acaso decidió obrar con prudencia y descartar por el momento la idea de mandar a ningún emisario fuera de la aldea. «Aquí no llega nadie y mientras tanto el padre Rufino lleva muerto cuatro días», piensa el alcalde caminando reflexivo. En los cuatro días que el padre Rufino llevaba difunto habían tratado de conservar el cadáver con todo tipo de procedimientos inútiles debido al calor extremado del mes de agosto. Utilizaron hielo, sal y toda la ciencia al alcance de Paco

el Barbero, quien se ocupaba de poner en práctica las técnicas que ya conocía y otras que se le ocurrían a bote pronto desde el arrebató de la imaginación y el ingenio. Aunque cada vez se le hacía más difícil de ocultar la descomposición fatal del cadáver. En este punto irremediable, el conocimiento sobre muertos con el que contaba Juan Rafael le hacía prever que muy pronto al padre Rufino se le secarían los ojos y que la piel ajada se llenaría de todo tipo de larvas, sabbandijas y parásitos inmundos. Y estaba creído, por lo que le había explicado en sus viajes por el mundo un médico amigo suyo que navegó con él durante un tiempo prolongado cuando todavía atravesaban el océano de punta a punta a bordo del mismo barco de indianos, que muy pronto comenzaría a brotar de los restos corrompidos e irreconocibles de lo que un día fue el padre Rufino la enfermedad de la peste bubónica y acabaría exterminando a todos los habitantes de Almanzora. Después nada podría impedir que la enfermedad prosiguiera un avance paulatino y demolidor hasta propagarse por el mundo entero y exterminara a la raza humana, resolvía consternado Juan Rafael con la angustia concentrada en su estómago en un hálito de pavor. «Los muertos se entierran para que los vivos no contraigan la peste bubónica», afirmaba llorando afligido este médico vestido con levita y alcoholizado con whisky que se le aparecía en ese recuerdo imborrable de los años pasados.